
RASGOS BIOGRAFICOS DE JUAN XXIII.

RECORDAMOS que cierto polinche, que se ha evaporado al calor de algunas amargas verdades asentadas por nosotros, decía en un artículo de réplica publicado en *La Voz* del folguín mitrado, pretendiendo lavar al pontificado de las negras manchas que lo cubren, "que en el mismo apostolado había habido un Judas que vendió á su Maestro, y un Pedro que lo negó," lo cual nada dice para justificar la conducta de los *santísimos* padres que han llevado la tiara; muy al contrario, es una terminante confesión de que ha habido papas muy criminales.

Sin embargo, obligados á presentar las pruebas de nuestras afirmaciones, queremos en esta carta hacer el boceto del *beatísimo* padre Juan XXIII, adornándolo con todas las relevantes *virtudes* que le dieron tanta celebridad; y dejaremos á nuestros estimables lectores el derecho de señalar, cuál de los cuatro senos á donde van las ánimas, según el catolicismo, es el que debe ocupar, no siendo el limbo, porque á su debido tiempo se le aplicó el 1º. de los llamados sacramentos.

Baltasar Cossa, napolitano, é hijo de padres nobles, fué puesto por éstos, no obstante sus instintos belicosos, en un monasterio del cual se fugó, y fué á alistarse

se en una compañía de piratas, en la que sirvió durante las guerras entre Ladislao y Luis de Anjou. Sus notables disposiciones para todo género de crímenes, lo llevaron pronto al mando de aquellos corsarios y espantó con sus crueldades las costas de la baja Italia.

Cuando concluyeron aquellas guerras, faltándole teatro para continuar ejerciendo sus feroces instintos, creyó conveniente hacerse sacerdote, porque como tal, podía contar con la impunidad de sus delitos. Compró la boria de doctor, se alistó en la milicia negra y muy pronto, merced á sus infames complacencias con el sodomita Bonifacio IX, alcanzó el capelo de cardenal, siendo en seguida nombrado su camarista privado y obtuvo otros empleos y cargos que, desempeñados con astuta y desvergonzada inteligencia, no habían pasado dos años, cuando era ya más rico que el papa.

Muerto Bonifacio, le sucedió Inocente VII, quien, demasiado sensible á los regalos de Baltasar Cossa, se vió obligado á tolerar sus iniquidades. A éste sucedió Gregorio XII; pero éste abrumado por las acusaciones que luego recibió contra Cossa, le retiró sus poderes y lo amenazó con el anatema. Baltasar entonces ganó un buen número de cardenales, los hizo reunirse en Pisa y nombraron papa á Pedro Philarghi, que tomó el nombre de Alejandro V, y quedó por el hecho de su elección subordinado casi á la voluntad del cardenal Cossa.

Cuando este bandido creyó llegada la hora de asaltar la tiara, hizo que el médico Daniel envenenara con una lavativa al papa Alejandro y poco después envenenó al médico con vino de Chipre. Convocó á los cardenales para la elección de un nuevo papa y estando éstos reunidos, se presentó en el cónclave como un aventurero, vestido con una cota de malla y con la espada al cinto; tomó asiento y prohibió á los cardena-

les, con amenazas y sirviéndose de un lenguaje insolente, que no nombrasen un papa que no fuese de su aprobación, rechazó con dureza el nombramiento hecho en algunos y entonces los cardenales espantados, le rogaron que designara á quien debiera nombrarse; éste contestó: «traed los paramentos pontificales y yo los pondré al que sea digno;» se hizo así y Cossa, tomando la capa y la tiara y colocándose las á sí mismo, exclamó: ¡soy papa! á esto se siguió la ceremonia de la silla horadada y todo quedó concluido.

No es posible hacer caber en los estrechos límites de una carta, la escandalosa historia de semejante bandido, y en este caso, nos limitaremos á referir cuál fué el término de este pontificado.

Reunido el Concilio de Constanza (1414) con el fin de decretar el exterminio de los enemigos de la Iglesia, que lo eran entonces, lo son ahora y lo serán siempre, las gentes honradas que procuran hacer la luz contra las tinieblas del catolicismo y acabar con el cisma tan desastroso para la Iglesia que entonces existía, puesto que Gregorio XII, Benito XIII y Juan XXIII, se dividían la autoridad pontificia y se anatematizaban recíprocamente, haciendo vacilar la robusta fe católica de aquellos tiempos.

Durante el curso de tres años que duró reunido el Concilio, Gregorio XII mandó su abdicación, Benito XIII se negó á ello hasta que murió en 1424 y Juan XXIII fué depuesto en el Concilio. Juan Gerson, nombrado relator en este asunto, leyó en plena audiencia una acta en la que se le acusaba, con pruebas irrecusables, de los siguientes crímenes: de haber envenenado á Alejandro V y al médico Daniel de Santa Sofía, su cómplice; de haber violado á 300 jóvenes religiosas de varios conventos; de haber tenido relaciones ilícitas con la mujer de su hermano; de haberse entregado

á la pederastía con frailes, de los que muchos murieron habiendo contraído flujos de sangre; de que había abusado de toda una familia compuesta de la madre, un hijo y tres hijas, de las que la mayor tenía doce años; de que había traficado con los obispados, las santas órdenes, las indulgencias, los tributos, las gracias y hasta con las excomuniones, y por fin que había atormentado á millones de inocentes en Bolonia y en Roma. En consecuencia, el Concilio pronunció por unanimidad la sentencia siguiente:

«El Concilio general de Constanza, después de haber invocado el nombre de Cristo y examinado las acusaciones lanzadas contra Juan XXIII y fundadas en pruebas irrecusables, pronuncia, manifiesta y declara que: Baltasar Cossa, es el opresor de los pobres, el ídolo de los simoniacos, el esclavo de la carne, la luz del vicio, un hombre que carece de virtudes, un espejo de infamia, un demonio que se ha encarnado en el mundo, y como tal le depone del pontificado, prohibiendo á todos los cristianos el obedecerle y llamarle papa. Aparte de esto, el Concilio se reserva el derecho de castigarle por sus crímenes, según las leyes de la Justicia secular, y de perseguirle como pecador obstinado, endurecido, perjudicial, incorregible, cuya conducta es abominable y cuyas costumbres son infames, como simoniaco, ladrón, incendiario, perturbador de la paz y de la unión de la Iglesia, como traidor, homicida, sodomita, envenenador, incestuoso, corruptor de monjas y de jóvenes frailes.»

La historia añade: «El decreto del Concilio encerraba además 54 artículos que leyó el obispo de Posnania y otros 20, que se calificaron de secretos por los espantosos crímenes que denunciaban. Y no obstante esto, el monstruo que los había cometido se llamaba Vicario de Dios en la tierra y era declarado infalible.

Tales son las doctrinas de estos hombres depravados, crueles y ambiciosos, que procuran perfeccionar el arte de engañar á los pueblos, y que acuñan moneda en las gradas del altar y del trono.»

Este infame sacerdote, habiendo perdido toda esperanza de volver al trono, se sometió á su destino, y cuando se le leyó el acta de su deposición, se conformó con ella en todas sus partes y la firmó.

Dasafiamos á todas las hojas clericales, á toda la jarandina de bonete y á todos sus polinches, á que nos presenten un tipo semejante entre todos cuantos herejes liberales ha habido en los 1888 años que cuenta la era vulgar, quedando, en este caso, obligados á presentar dos *infalibles* más malos todavía que Baltasar Cossa.

RESUMEN DEL CONTENIDO DE ESTAS CARTAS.

TEMPO es ya, querido amigo, de hacer una recapitulación de nuestras desaliñadas cartas, y aunque para este trabajo necesitamos mayor espacio que el de que podemos disponer, pensando siempre en no ser pesados para nuestros lectores, procuraremos sintetizar cuanto nos sea posible el contenido de estas cartas, de manera que, como en un índice, consten, al menos, nuestras más salientes afirmaciones.

Dijimos y probamos, copiando las leyendas védicas, de dónde fueron plagiadas las fábulas absurdas de la creación de los ángeles, la guerra celestial, la caída de Luzbel y sus secuaces y el pecado original.

Demostremos, con el Evangelio, la falsedad de la virginidad de María, así como la divinidad de Jesús.

Afirmamos que la leyenda adámica es un plagio del Zend-Avesta, en lo cual tuvo origen el dualismo, ese poderoso elemento de que se ha servido el sacerdocio para acumular tesoros sobre tesoros.

Probamos, copiando la leyenda védica, que el inferno, con sus horribles penas, con sus atroces suplicios y con todo su lujo de crueldad, tiene su origen en la prodigiosa imaginación oriental.

Demostremos que la existencia del purgatorio y del

limbo, como lo entiende y enseña la iglesia católica, es una grosera superchería inventada por el sacerdotaje, sin otro objeto que el de amontonar riquezas.

Afirmamos que la casta sacerdotal no tiene una existencia legítima, que existe por sí misma, que por sí misma se regenera, sin otra autoridad ni más derecho que el que así misma se ha concedido, y en fin, que si existe hasta hoy es porque vive en criminal contubernio con los déspotas y porque es tolerada, sin causa satisfactoria, por los gobiernos ilustrados, uncidos tradicionalmente al yugo de pueriles temores.

Demostremos, con autoridades irrecusables, que todo cuanto tiene el catolicismo en su liturgia, ceremonias, paramentos, instrumentos para officiar, etc., etc., todo, todo absolutamente, ha sido tomado del Brahmanismo, del Budhismo y de otras religiones, y que en este mismo caso se encuentran los dogmas, misterios, sacramentos, preceptos y mandamientos del catolicismo romano.

Queda probado que el cristianismo, cuyas bases son la igualdad, la pobreza, la humildad y el amor al prójimo, es la verdadera religión fundada por Jesucristo, religión verdaderamente laica, sin templos, sin sacerdotes y sin culto externo; así como que el catolicismo es una secta confeccionada por el clero, no para la salvación de las almas, sino para su único y exclusivo beneficio.

Hemos demostrado el bastardo origen de los diezmos, y la injusticia con que, sin derecho alguno, se extorsiona al labrador para arrancarle, espantando su ignorancia con la excomunión, una buena parte del producto de sus afanes.

Hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre los muchos millones de seres humanos sacrificados por la intolerancia y la ambición sacerdotal, ya en las

guerras provocadas con motivo de la adoración de las imágenes, ya por las de los güelfos y gibelinos, ya en las discidencias de los papas, con motivo de los diversos cismas, ya en las luchas provocadas por los pontífices entre las naciones, tanto de Europa como de América, todo por satisfacer su ambición de tesoros y de dominio, ya en las cruzadas levantadas por los obispos del Vaticano contra los herejes, y ya, en fin, en las hogueras, tormentos y calabozos inquisitoriales.

Hemos dejado bosquejados los escandalosos abusos cometidos por los papas y sus agentes en la venta de indulgencias, la taza impuesta á cada pecado y los cuantiosos tesoros pillados á los creyentes con motivo de los jubileos.

Hemos clamado contra el falso fundamento en que descansa la inicua, vergonzosa, inmoral é inútil institución de la confesión auricular.

Hemos pintado, aunque con pálidos colores, por respeto á la moral, la espantosa prostitución sacerdotal en todos tiempos; pero más particularmente en la larga y tenebrosa noche de la Edad Media.

Hemos referido cuál ha sido la escandalosa y criminal conducta de algunos papas, y entre éstos hemos citado algunos que venera la iglesia católica, habiendo sido, por sus hechos, más dignos de la cuerda del verdugo, que acreedores al honor de pasar sus nombres á la posteridad enaltecidos con el innmerecido título de Santos.

Hemos puesto de manifiesto las escandalosas contradicciones de los concilios, no sólo en las materias de mera disciplina, sino también sobre puntos capitales del dogma, así como las no menos escandalosas de los papas sobre asuntos de la misma naturaleza, en cuyos casos, la tal infalibilidad ha hecho un fiasco estropeado.

Dejamos también probado que el celibato eclesiástico ha sido insuficiente, injusto, corruptor y la verdadera causa de la prostitución clerical, que ha sido una institución egoísta, planteada y sostenida por la ambición política de los papas, y el verdadero motivo de que los conventos de monjas se vieran en todos tiempos convertidos en asquerosos lupanares en los que se cometían millares de infanticidios, para sostener una falsa virtud que hipócritamente han revestido siempre los que dicen estar consagrados al servicio de Dios. (?)

Hemos demostrado que el clero de la República no tiene título alguno para ser reconocido y menos autorizado con una incalificable tolerancia, como el representante de una religión; puesto que, con excepción de aquellos á quienes el fanatismo ha hecho perder la razón, cualquiera persona, medianamente culta, sabe perfectamente que el catolicismo no es el cristianismo, sino una secta falsa, inmoral y corruptora; y sus ministros súbditos de un déspota extranjero, vagos mal entretenidos y verdaderos extranjeros perniciosos, llevando, además, el humillante estigma de traidores á la patria donde vieron la primera luz, á la patria que los ha alimentado, que los ha visto crecer, educarse y que los ha abrigado en su seno para verlos renegar con la mayor ingratitude de ella y de los beneficios que sus leyes les acuerdan, convirtiéndose en esclavos voluntarios, al pronunciar un voto desautorizado por nuestro pacto fundamental.

Todo esto y más hemos dicho y probado con autoridades irrecusables, con la historia sagrada y profana y con hechos que se hallan palpitanes en la conciencia de la mayor parte de los habitantes de la República.

Como nunca faltan razones para defender una cau-

sa, aún siendo la más desesperada, creíamos que al ser atacado el catolicismo en sus bases fundamentales, se habría lanzado inmediatamente una terrible excomunión contra nosotros, y en seguida los *docentes* y sus polinches harían polvo nuestras cartas en todas las hojas clericales; pero esperamos inútilmente, porque, conociendo la jarandina de sacristía que entablar y sostener una polémica sobre asuntos tan capitales llamaría la atención del público, y que éste tomaría un grande interés en la contienda para juzgar sobre de qué lado estaba la justicia, saliendo, entretanto, á relucir hechos que tal vez hasta ahora no conocen sino pocas personas, verdades que los folguines, por sistema, procuran ocultar hasta donde les es posible y revelaciones que cuando recibieran de frente el sol, convertirían, cuando menos, en indiferentes á los que hoy todavía se dejan desnudar en nombre de Dios por los ladrones de alzacuello, dijeron para su colete: *vale más no meneallo.*

CONCLUSION.

DESDE que tuvimos el honor de ser considerados como miembros de la redacción del *Combate*, quisimos dar otro título á nuestros desaliñados artículos; pero la esperanza de ver entablada una polémica con nuestros adversarios, nos decidió á conservar la forma que habíamos dado á nuestra colaboración, para asumir personalmente la responsabilidad que nos resultara como consecuencia de nuestras particulares apreciaciones; más desvanecida esta esperanza, después de un tan largo como vergonzoso y calculado silencio, creemos estar en nuestro derecho para asentar la siguiente conclusión:

Quedan tácitamente aceptadas por el clero católico, como incontrovertibles, las verdades contenidas en los cincuenta artículos titulados CARTAS DIABÓLICAS, publicados en *El Combate* y firmados con el pseudónimo CABRIÓN.

Quien calla otorga, dice el proloquio y puesto que los representantes de la secta romana no han podido ó no han querido destruir las pruebas aducidas para justificar la falsedad de los fundamentos en que descansa ese nefando aborto de la perversidad clerical, es evidente que el tal proloquio significa nada menos que una sentencia definitiva y contra la cual no puede

caber recurso ulterior, salvo una tardía refutación, que poco bien podría producir á los intereses de los folguines de bonete, habiendo dejado pasar la oportunidad de combatir nuestros asertos.

Una de las razones en que parece han fundado su estudiado mutismo los polinches asalariados, es el poco miramiento y duro lenguaje que hemos empleado para dirigirnos al que ellos llaman *Venerable Clero*, lo cual en realidad no es más que un pretexto para no confesar que han recibido la consigna de hacerse los suecos.

Estos polinches, tan nerviosos y susceptibles, afectan ignorar que los infalibles han sido tratados aun por su mismo clero, no de un modo poco respetuoso, sino agotando el vocabulario de las injurias, como hemos visto ya en la sentencia fulminada por el Concilio de Constanza contra el bandido Juan XXIII, y como puede verse en una carta que el historiador Lesueur copia literalmente; en la cual el arzobispo Gonthier y otros muchos prelados, dirigiéndose al papa San Nicolás, lo regalan con los tiernos epítetos de tirano, traidor, infame, ambicioso, inmundo basilisco, serpiente venenosa, perro rabioso, impío, sacrílego, orgulloso y echándole en cara que su clero se compone de sacerdotes indignos, vomitados de los infiernos, cuya frente es de cera, su corazón de metal y sus miembros formados del cieno de Sodoma y Gomorra; que su corte está compuesta de sacerdotes manchados de adulterios, incestos, violaciones y asesinatos y, en fin, que Roma es la morada de los demonios y él el mismo Satanás.

Como éste podríamos citar cien pasajes que registra la historia, pero basta lo dicho para que los periodistas católicos no quieran privarnos del derecho de llamar las cosas con sus nombres, puesto que el mismo *Vene-*

rable Clero se ha permitido hacerlo así, y nosotros no hemos hecho más que seguir su ejemplo.

Como del archisupremo embuste de la creación de los ángeles, se sigue el no menos ridículo de la guerra celeste y de ésta el absurdo dogma del pecado original sobre el cual descansa toda la teodisea cristiana, según el sabio Mr. de Mirville, en buena lógica se deduce que todo cuanto forma el ostentoso aparato de la secta romana, es un fárrago de groseros embustes, un tejido de falsificaciones desvergonzadas y un plagio, el más torpe, de cuantos ha podido hacerse de las leyendas védicas.

Como última prueba de que estamos en la verdad, nos permitiremos repetir, aunque á riesgo de fastidiar á nuestros lectores y de causar una jaqueca á los zascandiles y sus polinches, lo que el mismo Mr. de Mirville escribió para contestar los terribles argumentos de Mr. Maury, que había afirmado ser un mito el taj pecado original. Mr. de Merville, como si estuviera muy seguro de ganar la partida, dice: «Ese mito de Mr. Maury, es en realidad toda la base de la teodisea cristiana, (debió decir católica) ese es el punto de partida de todas nuestras miserias, de todos nuestros combates, de todos nuestros triunfos; ese es el primer acontecimiento al cual se ligan todos los demás; ese es el nudo de la historia universal. Fuera de él, el universo es todavía el caos, la teología una larga serie de contraprincipios, la historia un insoluble enigma y la filosofía el más desesperante de los problemas.» Razón tenía Mr. de Mirville para que su rica imaginación se exaltara hasta la locura, porque realmente, destruido el pecado original, todo ese castillo de naipes, llamado catolicismo romano, viene irremediabilmente á tierra.

Intentó, en seguida, pero con malísima fortuna, pro-

bar ser una verdad revelada la creación de los ángeles, la rebelión celeste y el pecado original, pero dando tormento á algunos pasajes bíblicos, echando mano á la revelación asaz ridícula de Santa Hildegarda y ocultando cuidadosamente trás un espeso velo las tradiciones orientales, para evitar que el verdadero origen de todas esas supercherías, fuera conocido de los que aún se hallan uncidos al carro de la fe ciega y de las supersticiones católicas.

Terminamos aquí la série de nuestras *Cartas Diabólicas*, no porque pudiera faltar á nuestro afán de presentar al clero romano, desde su bastardo origen, con los negros colores con que lo hace aparecer la repugnante historia de quince siglos de crímenes de todo linaje, crímenes que hacen temblar la pluma antes de poderlos referir, y asquerosas debilidades que tantos y tantos libros trasmiten á la posteridad con afrenta del pudor, pero obedeciendo á la necesidad de hacer conocer á las generaciones en los venideros siglos, todas las vergonzosas poridades con que se han manchado los que se dicen representantes de Dios en la tierra, y cumpliendo con la obligación que tiene el historiador de presentar los hechos como han pasado, y con absoluta y veraz imparcialidad.

Unos cinco ó seis artículos de réplica inoportunos y que carecen absolutamente de pruebas para destruir nuestras afirmaciones, fué todo lo que pudimos obtener de *La Voz de México*, decano de la prensa católica. Estos fueron contestados debidamente con toda la oportunidad posible, y aquí quedó todo, no obstante nuestras constantes excitativas para que saliesen á defender su vacilante causa, los que tanto se afanan por embrutecer y fanatizar á los pueblos para desvalijarlos sin la menor oposición. Hacemos esta adverten-

cia á nuestros lectores para evitarles que puedan ser sorprendidos por una afirmación contraria.

Fué nuestro único objeto probar hasta la evidencia la falsedad de la secta romana, y los bastardos títulos de esa nube de zopilotes que se dicen sus representantes, de esa tropa de impostores que se supone ser superior á toda la sociedad laica, no siendo más que la espuma de la canalla.

Si lo hemos conseguido ó no, ahí están las cartas nuestras y el silencio de ellos. Que juzgue el lector.

18 DE JULIO.....

Sr. D. Benito Juárez.

Más allá.

No turbaríamos nosotros la dicha que sus egregias virtudes le han conquistado, si no estuviéramos seguros de que desde su elevadísima mansión influye aún en los destinos de esta Patria que le fué tan querida, de esta Patria en la que apenas tocando los umbrales del poder, infaliblemente hubiera vd. sido víctima de la más cobarde infidencia, si no hubiera sido pronunciada con el valor del mártir, en presencia de la muerte, aquella sabia sentencia de su eminente ministro Lerdo: *Ahora ó nunca*; de esta Patria por cuya autonomía arrojó vd. inminentísimos peligros y soportó, con una resignación sin ejemplo, los más amargos sinsabores.

En esta carta comenzamos recordando episodios de muerte, que su indómito valor vió siempre con depreciativa indiferencia, porque quien conserva vivos en su memoria los sacrificios que se hacen por la Patria, testifica su reconocimiento, y prueba además, que si pudo ser testigo presencial de su heroica abnegación, puede hoy envanecerse de haber merecido su confianza.